

FUTURO Y CONDICIONANTES DE LA COMUNICACIÓN CIENTÍFICA EN LENGUAS VERNÁCULAS

Juan Vicente Sánchez-Andrés

Universidad de La Laguna

**Miembro correspondiente de ANLE (Academia
Norteamericana de la Lengua Española)**

El análisis de la potencialidad de las lenguas en la comunicación científica está sujeto a restricciones. Las derivadas de incertidumbres de futuro, por obvias, se pueden apartar. Sin embargo, las derivadas de las condiciones de existencia de cada lengua pueden considerarse para tratar de construir un esquema operativo capaz de orientar decisiones. En esta categoría puede considerarse incluido el carácter de la lengua: dominante, relevante (pero prescindible) o muerta desde el punto de vista de la comunicación científica. Una definición precisa de estas categorías puede encontrarse en Sánchez-Andrés y Viguera, 2009¹. Resumiendo, la única dominante en este momento es el inglés como vehículo de comunicación científica universal. Lenguas muertas son aquellas que no vehiculizan contenidos científicos sea por su marginalidad, por su uso exclusivo en comunidades primitivas y/o menguantes o cualquier otra razón. En medio están las relevantes, por jugar un papel a una comunidad, pero prescindibles por no ser necesarias para estos propósitos y que pueden bascular entre potenciarse y ampliar su espectro de uso, en algunos casos aspirando a competir con el inglés en un futuro hipotético en el que la situación de dominación se debilitara, o restringirse a dominios de uso excluyentes del científico. Es esta movilidad la que motiva el interés por la cuestión en tanto se derivan otras: ¿la potenciación incidiría positivamente en el nivel científico de la población? o ¿sería mejor adoptar la moneda común del inglés? La restricción en el uso científico ¿significaría una minusvaloración del colectivo en tanto la lengua forma parte integral de la cultura del grupo usuario?

Cualesquiera las preconcepciones sobre la ubicación de la lengua de que se trate en la categorización precedente, es necesario tener en cuenta que cualquier disquisición solo puede establecerse sobre el supuesto de que esa lengua se encuentre en el grupo de las relevantes pero prescindibles desde el punto de vista de la comunicación científica, en tanto esta no es una categoría fija sino que cualquier lengua podrá desplazarse en la dirección de un mayor uso o aproximarse a la categoría de muerta. No deja de ser relevante advertir que incluso la categoría de dominante no es fija aunque percibamos en este momento la primacía del inglés y quimérico competir en este terreno con ella. El inglés solo adquirió su grado de uso tras la II Guerra Mundial a caballo de la victoria de los aliados y del éxito del modelo económico capitalista y de una serie de decisiones estratégicas del presidente Roosevelt a través de la puesta en práctica de los supuestos

1 J. V. Sánchez-Andrés y C. Viguera: «El futuro de la comunicación científica en español», *Boletín Medes*, 3 (2009), pp. 12-16.

analizados por Vannevar Bush en su estudio «Science: the endless frontier», que cristalizaron en el paradigma de estructura «Ciencia básica-Ciencia aplicada». No es descartable que en términos de futuro se produzcan desplazamientos en función de la potencia económica de la comunidad usuaria de una lengua, y en esa dinámica de posibles adquiere sentido la previsión de futuro para participar en su construcción y no limitar el rol de una comunidad al de mero espectador arrastrado por las tendencias de los tiempos.

Sin forzar la argumentación, el punto previo nos lleva al terreno de lo grupal. Es preciso introducir un matiz antes de continuar. Cualquier análisis de las lenguas se torna fácilmente en complejo y escabroso. Complejo porque hay pocas dudas sobre la especificidad humana de la comunicación, lo que puede arrastrar a consideraciones extensas de perfil desde neurocientífico a sociológico. Escabroso porque una cosa es el lenguaje y otra las lenguas, estando estas arraigadas en las comunidades que las usan y formando parte de su acervo. Siendo genuina la reivindicación de su uso en todos los ámbitos como una estrategia de mantener una comunidad dada sin agravios comparativos y llegando estas argumentaciones más allá de la esfera racional para alcanzar territorios emocionales en tiempos de renacimiento de los nacionalismos, es comprensible que un debate pueda perderse. Por ello, interesa acotar por la vía operativa y entender que cualquier lengua, pudiendo tener infinidad de atributos, se comporta como una herramienta de uso para una comunidad-grupo y es de sus usos para esa comunidad de lo que se debate cuando se aborda el papel en comunicación científica. Como hasta esta premisa se puede discutir, interesa clarificarla por reducción al absurdo con el argumento de que cualquier comunidad podría utilizar otra lengua sin perder su condición ni de humana, ni de grupo. En otras palabras: lo esencial-consustancial al humano es el lenguaje, las lenguas son accidentales, mutables en pasado y en futuro en función del devenir histórico. Si una comunidad defiende su lengua es porque entiende que supone un valor de uso, tangible o intangible, pero no porque afecte a esferas ontológicas.

De lo anterior emerge la pregunta: ¿cuáles son los usos de la comunicación científica? La respuesta nos llevará a la siguiente: ¿a qué usos puede aspirar una lengua no dominante? Los usos son tres: a. Creación y uso profesional; b. Formación, y c. Divulgación. Obviamente, el uso de una lengua dada puede darse en uno o en varios de esos dominios que deben considerarse separadamente:

- a) Creación y uso profesional. Aquí juega un papel clave el inglés, que resulta irremplazable. La ciencia, en la medida en que puede formularse

como un contenido, es independiente de la lengua en que se exprese. De aquí, potencialmente, cabría que cualquier lengua fuera igualmente válida. Pero en la práctica, el científico, como creador de ciencia, aspirará a obtener la mayor difusión y crédito por su trabajo publicándolo en medios que puedan ser leídos por un número amplio de colegas independientemente de su ubicación física, lengua nativa o nacionalidad. Por este motivo solo es esperable la difusión de resultados originales en lenguas distintas del inglés cuando la calidad sea baja e insuficiente para ser recogida en espacio de revistas en inglés. Pueden encontrarse excepciones referidas a resultados de valor únicamente local o procedentes de grupos emergentes que inician su andadura en medios más accesibles. Y, desde luego, constituyen excepciones los trabajos de revisión pero que por ser fuentes de segundo orden, no originales, se enclavan mejor en el siguiente apartado. Incluso en situaciones en que la preferencia conduzca al uso de medios no sajones, por cualquier motivación, es corriente que los autores utilicen el inglés como lengua vehicular. Sirva como ejemplo el caso de los biofísicos Neher y Sakmann, que publicaron el artículo a partir de que se les concedió el premio Nobel en una revista alemana² y que pudieron, sin duda, haberlo publicado en una sajona con mayor factor de impacto. Pero, incluso en este caso, los hallazgos básicos previos los publicaron en *Nature*³. Por tanto, el uso de lenguas distintas del inglés para comunicar resultados originales relevantes es marginal. Lo mismo se aplica al uso en congresos y conferencias, dónde raramente puede esperarse la comunicación de resultados nuevos, no previamente publicados, entre otras razones porque los científicos son celosos de levantar el velo de novedades que puedan ser tomadas por otros y usurpando el crédito si consiguen publicarlo antes. Quedaría el ámbito de los laboratorios, dónde es corriente que la lengua usada sea la nativa de los investigadores, pero la proyección de este uso es irrelevante en comunicación científica. Puede concluirse que en comunicación científica profesional el inglés ejerce su dominación y es esperable que resulte vano cualquier intento de cambiar esa tendencia sin que medien otros cambios relevantes en la estructura de la ciencia.

2 O. P. Hamill, A. Marty, E. Neher, B. Sakmann e F. J. Sigworth: *Pflügers Archiv*, 391 (1981), pp. 85-100.

3 E. Neher e B. Sakmann: *Nature*, 260 (1976), pp. 779-780.

- b) Formación. Aunque puedan discriminarse distintos niveles (primaria, secundaria, etc.), el uso en cualquiera de ellos de la lengua vernácula en la formación de la población es exigible. Siquiera por el motivo de que no es previsible la capacidad generalizada del conocimiento del inglés, que no debe suponer una barrera para la impregnación de espíritu científico de los ciudadanos. Subyace una motivación nada baladí que muy sintética y claramente ha expuesto Serageldin desde condiciones difíciles:

La ciencia exige racionalidad y promueve civismo. No se aceptan ataques *ad hominem*. La ciencia trata a todos los humanos por igual. Los científicos se preocupan por los contenidos del trabajo científico, no por la persona que los produce. La ciencia esta abierta a todo, independientemente de nacionalidad, raza, religión o sexo. Estos valores de la ciencia son universales y está justificada su defensa, no simplemente para promover el desarrollo científico sino para generar una sociedad humana mejor⁴.

Aunque pudiera extenderse el argumento, resulta trivial que la formación científica de la población excede de los contenidos de la ciencia e implica los valores que se asocian ineludiblemente a la naturaleza de la ciencia. Por definición, sería absurdo aceptar una barrera lingüística. Por el contrario, supone un valor positivo el uso de la lengua vernácula por su capacidad de permitir la máxima capilaridad a todos los estratos de la sociedad.

- c) Divulgación. En el marco de este escrito sirve lo dicho en el apartado anterior, teniendo en cuenta que la frontera que separa formación de divulgación es tan indefinible y caprichosa como se quiera, según se plantee la divulgación como parte de las políticas de promoción del conocimiento, de la formación continuada, etc. o no. En realidad, la consideración aparte del concepto de divulgación se suscita por su carácter frecuente de opción personal. Desde esta última perspectiva, carácter electivo, queda a expensas de la decisión personal el consumo de instrumentos en cualquier lengua, vernácula o no. Por tanto, se trata de un ámbito en el que es difícil el establecimiento de generalizaciones.

4 I. Serageldin: «The values of science», *Science*, vol. 332 (2011), p. 1127.

Lo expuesto acota el uso de las lenguas vernáculas en comunicación científica y reconoce la prevalencia del inglés en la creación de ciencia y aquellos de sus productos susceptibles de protección industrial. La inercia de este reconocimiento puede consagrar el predominio del inglés en un círculo vicioso: su uso en creación científica conduce al uso predominante en el entorno industrial en la medida en que la protección por patentes se realiza de las innovaciones científicas (no sólo de ellas pero un análisis más amplio escapa de la dimensión de este escrito) —la explotación de invenciones protegidas es esperable que produzca un rendimiento económico superior al de aquellas no protegidas o con patentes expiradas—, el resultado sería el enriquecimiento de los entornos angloparlantes y la extensión del inglés. Este círculo, en sus líneas maestras, existe aunque puedan proporcionarse excepciones y prueba de ello es que el inglés es la lengua dominante no solo en ciencia sino también en tecnología, industria y comercio, y constituye un sistema robusto y práctico. Pero se trata de un sistema dónde los entornos no angloparlantes asumen el rol de consumidores-clientes, máxime cuando, por mucho que se instauren las lenguas vernáculas en formación y divulgación, tales usos no contribuyen a la creación de ciencia protegible para explotación monopolística. Más aún: estos usos, con funciones sociales encomiables (cita 4), son, por otro lado, vías de entrada al uso profesional del inglés en ciencia.

Lo descrito configura un escenario de mayor complejidad que la esperada cuando la pregunta era sobre el uso del inglés en comunicación científica porque se expande a la pregunta sobre el valor económico de la lengua, su papel en el desarrollo y en la generación de plusvalías potencialmente sustentadoras de bienestar. Simplificadamente, entonces, las opciones ya no son las mencionadas con respecto a los distintos posibles usos, sino que se multiplican por las tendencias a «entrar en el club» angloparlante, con lo que pueda significar de debilitamiento del uso de la vernácula sobre el grupo o desafiar al sistema, tratando de constituir un sistema propio con todo el riesgo de fracasar en un mundo globalizado (estamos hablando de economía, también de lenguas pero como factores). Naturalmente, cabe un repertorio intermedio de opciones. No es fácil esbozar un esquema estratégico en unas líneas que en todo caso estaría sujeto a condicionantes singulares. Pero es preciso remarcar que cualquier reflexión sobre el uso de la lengua en comunicación científica no debe excluir, cualesquiera que sean las premisas adicionales, las implicaciones sobre el sistema económico.